



Uno



Ni mi nombre, ni quién soy, ni lo que hago, ni dónde vivo, son importantes en esta historia. Pude haber sido yo u otro médico, y pudo haber sucedido aquí o en otra parte. En ocasiones, los detalles son tan insignificantes que no hacen sino confundir lo más esencial, el tono, la forma y el fondo de lo que se está intentando contar.

Sin embargo, imagino que es necesario que diga, al menos, cómo me llamo y a qué me dedico. De esta manera todo será más comprensible. Y al llegar al final... que cada cual examine su propia conciencia. Los casos médicos suelen ocupar poco espacio en los medios de comunicación, salvo que sean extremadamente sensacionalistas. Son meras noticias, a veces en las secciones de sucesos.

Nada más.

Este se inició como un caso médico.

Me llamo David Rojas y soy psiquiatra. Trabajo en un hospital como ese que tienes cerca de casa o ese otro que conoces de vista o por haber ido alguna que otra vez a ver a alguien o para que te curaran una herida. Es todo lo que necesitas saber, salvo, quizá, que me gusta lo que hago, me gusta profundizar en aquello que menos conocen: su mente. Si a alguien le duele el estómago, es que ahí dentro algo no va bien, y si a alguien le duele un pie, exactamente lo mismo. Pero hay muchas personas que tienen males en la cabeza que no les duelen y que no se pueden curar con aspirinas. Hay males tan interiores, tan especiales, que en la mayoría de las ocasiones ese ser humano es ajeno a su enfermedad. La sociedad les llama, entonces, locos. Y ya se sabe que los locos han de ser encerrados en esas cárceles situadas en el más allá de la razón que son los manicomios, aunque nosotros los llamemos sanatorios mentales.

Aquel día de primavera yo estaba en mi despacho del hospital, poco antes de mi ronda de visitas y de las sesiones de terapia individual que mantenía con determinados enfermos. Los médicos que operan a alguien del estómago saben dónde buscar cuando abren el cuerpo de su paciente. Los psiquiatras no podemos abrir la

cabeza del enfermo, y aunque pudiéramos, eso no serviría para nada, porque el mal no está a la vista. Así que nuestras operaciones consisten en largas charlas, preguntas, respuestas, tiempo. Y no siempre logramos curar. A veces, eso es lo más triste. Digo a veces porque, para los antiguos, las viejas civilizaciones y, todavía, alguna que otra en la actualidad, los locos son tratados como seres privilegiados, personas iluminadas, personas con un don maravilloso. Así que se les respeta y venera.

Nuestra sociedad, por suerte o por desgracia, ¿cómo saberlo?, es distinta.

La puerta de mi despacho se abrió a eso de las doce y cuarto y por ella apareció mi enfermera, Nandra —en realidad se llamaba Alejandra, pero desde niña la habían llamado así—. Se acercó a mi mesa y esperó a que yo levantara la cabeza y le preguntara qué quería. Nada más verle los ojos me di cuenta de que su expresión no era la habitual, la que yo solía conocer y a la que estaba acostumbrado. Nandra era una chica hermosa, iba a casarse en unos meses, y si la tenía conmigo era por su eficiencia tanto como por su ánimo, siempre dispuesto o, mejor dicho, predispuesto a la alegría. Mis pacientes necesitaban tanto de esto como de lo que yo pudiera hacer por ellos.

—¿Qué sucede? —quise saber al ver que ella no hablaba.

—Han traído un niño —fue lo primero que me dijo. Lo encontró anoche la policía municipal vagando por la calle, solo y perdido.

—¿Y qué ha dicho?

—Nada. No habla.

—¿Es mudo, tiene un *shock*...?

—Será mejor que lo veas tú mismo.

Nandra no solía impresionarse ni afectarse por casi nada. No es que tuviera el corazón duro o llevara tantos años tratando con personas enfermas de la cabeza que ya se hubiera insensibilizado. Para ella lo importante era ser fuerte ya que, sólo así, lo sabía, estaría en disposición de dar lo mejor de sí misma a los demás. Yo la había visto llorar por alguien, afectada o impresionada, pero al siguiente paciente lo trataba con la misma dinámica e intensidad, el mismo cariño y determinación. Si ella inundaba su rostro con aquella máscara de gravedad, significaba que nuestro niño perdido era singular.

¿Hasta qué punto?

Lo supe en cuanto él atravesó la puerta de mi despacho.

Dos

Tendría unos siete años de edad, aunque reconozco que me equivoqué porque en aquellos días yo esperaba mi primer hijo y no era lo que se dice un experto en criaturas. Pensé que tendría siete años porque era muy pequeño, menudo, extremadamente delgado, casi como los niños que podemos ver en cualquier informativo de la televisión, cuando se habla de campos de refugiados o de los horrores de cualquier guerra. Vestía unos pantalones cortos, una camiseta que en otro tiempo debió de ser de colores y unas zapatillas sin calcetines. Iba sucio, muy sucio, llevaba el cabello largo, muy largo, y su piel era blanca, muy blanca. Tan blanca que...

Llevaba gafas oscuras, unas enormes gafas oscuras.

—Quítale las gafas —le pedí a Nandra.

Mi enfermera, en lugar de hacer lo que yo le pedía, caminó hacia la ventana de mi despacho, bajó la persiana exterior y corrió las cortinas, dejando la estancia en una semipenumbra tan notable que estuve a punto de encender la luz de mi mesa. Ella misma lo impidió.

—Esta mañana —me dijo— casi se ha vuelto loco con la luz del sol. Parecía afectarle mucho.

—¿Lo han llevado al oftalmólogo?

—No.

Miré al niño. Empezaba a moverse, como si en la semioscuridad pudiera ver mejor dónde se encontraba. Su cuerpo no se movía, pero su cabeza sí.

Pese a ello, lo más sorprendente sucedió cuando Nandra le quitó las gafas. Entonces... El niño parpadeó un par de veces, como si todavía el «exceso» de iluminación le afectara mucho. Pero su siguiente acción fue más reveladora. Y como reveladora quiero decir que me dejó asombrado. En cuanto pudo centrar los ojos en mí, se echó hacia un lado y se protegió detrás de una butaca. No se escondió: al contrario, sacó una mano y fingió dispararme con algo, como si jugara, como si sostuviera una imaginaria pistola. Al ver que no sucedía nada,

se miró la mano y, luego, asombrado, empezó a observar el lugar donde se encontraba. Tocó la mesita contigua a la butaca, igual que si estudiara su textura. Tocó el suelo. Tocó la pared. Nandra no se movía. Yo, tampoco. Jamás había visto nada igual.

Cuando me levanté, el niño hizo algo más: dio la sensación de medir atentamente la habitación y, finalmente, se precipitó en dirección a la puerta por la que había entrado. Nandra le impidió salir y tuvo que hacerlo con fuerza, aunque no con violencia, porque el niño, al sentirse atrapado, se debatió entre sus manos.

De sus labios no salió un solo sonido.

—¿Comprendes ahora? —me preguntó mi enfermera llevándolo hasta mí.

Comprender, comprendía, pero no mucho más de lo que era evidente. Aquel niño estaba solo, desorientado, desnutrido, con serios desajustes mentales y físicos. Y no podía ser debido a un *shock* único y reciente. Su piel blanca, su delgadez, todo hacía suponer que venía de muy lejos.

Posiblemente de unos años atrás.

Lo miré y me miró. Lo que yo vi fue una carita redonda, de labios delgados, nariz afilada, ojos firmes.



Y lo que él vio a través de esa firmeza me hizo darme cuenta de que no me tenía miedo, sino respeto, precaución. El miedo es una de las manifestaciones más evidentes en la mirada de cualquier enfermo mental.

Miedo a lo desconocido por sentirse inferior, esclavo de su debilidad. Aquel niño me desafiaba, pero no vi odio ni rechazo. Me estudiaba a mí tanto como yo le estudiaba a él.

Abrí un cajón de mi mesa. Lo observó. Se puso tenso y su mano derecha volvió a aferrarse a una pistola imaginaria. Cuando saqué un caramelo del cajón y se lo di, no lo cogió. Lo miró frunciendo el ceño. Se me antojó que era la primera vez en su vida que veía un caramelo.

Fue una rara sensación por mi parte. Así que yo mismo se lo desenvolví y se lo puse en los labios. Su primera reacción fue de rechazo. Luego, ante mi insistencia, dejó de agitar la cabeza y moverse entre los brazos de Nandra. Asomó una punta de sonrosada lengua entre sus labios, lo lamió y acabó abriendo la boca. Se lo introduje dentro.

Entonces pronunció su primera palabra.

—Más.

Nandra y yo nos miramos.

Los dos comprendimos que pasara lo que pasara en el cerebro de aquel infeliz, nuestra tarea iba a ser ardua si queríamos obtener una respuesta sobre lo que le había sucedido. Tan ardua como, a lo peor, prolongada.



Tres



Era la primera vez que le pedía a Nandra que se quedara conmigo. La necesitaba. Evidentemente podía yo sólo con él, pero me pareció mejor dejarle el trabajo «sucio» a ella, si es que lo iba a haber, para que a mí me viera como un amigo o aliado o lo que fuera. De esta forma únicamente yo hablaría y trataría de atravesar aquella muralla que le aislaba del mundo exterior. El caramelo fue el primer paso. El segundo fue sentarle en una butaca, nada de divanes, y hablarle despacio y con ternura, pues en seguida me di cuenta de que estaba muy necesitado de cariño. Cogí un segundo caramelo de mi mesa y se lo mostré.

El niño abrió la boca; no hizo nada por cogerlo.

Sólo abrió la boca.

—¿Puedes entenderme?

Siguió con la boca abierta.

—¿Cómo te llamas?

Permaneció igual.

—Yo soy David y ella es Nandra. No queremos hacerte daño.

Nada. No tuve más remedio que darle el segundo caramelo. Repetí la operación, se lo puse en la boca y lo masticó con avidez, más por hambre que por tratarse de una golosina. Mientras lo hacía, volvió a mirar mi despacho, unas veces con el ceño fruncido, otras como si estudiara la forma de escapar, porque, inevitablemente, sus ojos acababan en la puerta.

—¿Sabes algo de ti mismo?

Me miró fijamente.

—¿Y tus padres? ¿Dónde vives?

Era como hablarle a una piedra, así que Nandra se sentó a su lado y le cogió una mano. El niño se estremeció y hundió en mi enfermera sus ojos extraños, unos ojos que daban la sensación de ver sin ver y de percibir sin diferenciar. Primero se fijó en su rostro, luego en su pecho. Lo que hizo después fue tan extraño como todo su comportamiento previo: con su mano libre le tocó los labios, luego... el pecho. Nandra no se movió, le dejó hacer. La impresión era tan fuerte como evidente.

Parecía ser la primera mujer que veía en su vida o, al menos...

La mano del niño se hundió en el pecho de Nandra.

Debió de gustarle esa sensación blanda. Repitió su acción. Después, la miró. Nandra le habló por primera vez como lo hubiera hecho yo mismo.

—Somos amigos, no queremos hacerte daño. ¿Sabes hablar?

El niño asintió con la cabeza.

—Yo me llamo Nandra, ya lo has oído. Nos gustaría saber cómo te llamas tú.

—Tú —asintió de nuevo el pequeño.

Era lo primero que decía, es decir, lo primero respondiendo a una pregunta directa, porque el «más» de antes había sido otra cosa, un impulso; así que nos causó una buena impresión. En nuestro trabajo, un pequeño paso es, a veces, un salto de gigantes. Mi enfermera suspiró y sonrió satisfecha. Continuó acariciando la mano de nuestro paciente y, luego, hizo lo mismo con la cabeza. El niño la olió al sentirla tan cerca. Nandra siempre olía muy bien.

—¡Bien! Sabes hablar —dijo ella—. Dinos algo, lo que quieras.

—Posición dos cuadrante siete. Segunda vida. Busco camino de regreso.

Fue toda una frase, pero lo que es nosotros nos quedamos igual que antes. Nandra y

yo intercambiamos una mirada rápida. El éxito de haber conseguido que el niño hablara se empañaba de momento por el incomprensible significado de sus palabras.

—¿Cómo te llamas? —insistí yo.

—Tú —repitió el niño tras mirarme largamente por espacio de unos segundos.

La primera vez habíamos creído que repetiría la última palabra pronunciada por Nandra. Ahora nos dábamos cuenta de que no era así.

—¿Tú, ven, come, quito, mierda, Juan, calla, calla, a dormir, cochino...

Me dejé caer hacia atrás. Era demasiado para mí, porque no tenía nada que ver con cuanto había visto en mis años ejerciendo la profesión. Las respuestas del niño eran inconexas, pero resultaba claro que ahora él estaba tratando de comunicarse con nosotros, pues lo que decía tenía un sentido en sí mismo, y si no lo entendíamos tal vez fuese nuestro paciente el que pensase que nosotros estábamos locos. Como cuando alguien te habla en una lengua que no entiendes se sorprende de que no le entiendas, así que te lo repite igual, pero más despacio. Y entonces aún se sorprende más de que sigas sin entenderle.

—¿Qué es «Posición dos cuadrante siete, segunda vida, busco camino de regreso»? —preguntó Nandra.

—Clave —dijo el niño—. Variación galáctica. ¿Esto es una interfase?

—¿Interfase?

—Punto de inflexión. ¿Enemigos?

—Nosotros somos amigos —traté de aclararle yo.

Entonces él me miró fijamente, y en sus ojos creí intuir ahora algo más de lo que hasta ese momento había visto en ellos. Fue algo semejante a una súplica lo que pude interpretar.

—Quiero volver —pidió el niño.

—¿Adónde? —quise saber yo.

—Casa.

—¿Cuál es tu casa, dónde vives?

Pensábamos que esto podía ser el inicio de su camino, pero todo se vino abajo con su gesto, con su inesperada reacción: el niño levantó su mano derecha y, con el dedo índice muy rígido, señaló el techo de mi despacho, luego la puerta y la ventana y, de nuevo, el techo.

—¿Vives en un lugar alto? —intenté averiguar.

Permaneció inmóvil, apuntando hacia arriba.

—¿Una montaña quizá?



Su dedo índice pareció subir más y más.
—¿El... cielo? —vaciló Nandra. Y llegó
la respuesta final.
—Andrómeda...